

do: „Yo veo los cielos abiertos , y al Hijo del hombre que está á la diestra de su Eterno Padre.”

No le permitieron pronunciar otra palabra , y tapándose los oídos como si oyesen alguna blasfemia, se lanzaron sediciosamente sobre el Santo Diácono, y sin esperar ninguna sentencia que le condenase, le arrastraron fuera de Jerusalem, donde no era uso ejecutar la pena capital. Previniéronse de piedras, y los testigos, que segun la costumbre, debian apedrearle, entregaron sus vestidos para que se los guardase á un mozo llamado Saulo, no menos furioso que ellos, pero que no tenia aun treinta años que eran necesarios para ser actor ó testigo jurídico en semejantes causas. Este es aquel vaso elegido, engañado entonces por sus preocupaciones y por un celo indiscreto en defensa de la religion de sus padres, y á quien veremos despues sobresalir entre los demás Apóstoles, debiendo su conversion á las oraciones que el Santo Mártir hizo por sus verdugos mientras le apedreaban (1). Sin embargo del pretesto de que se valieron los acusadores de Estévan para perderle, no le imprimió su muerte la menor infamia, pues luego que calmó el primer furor de aquellos homicidas, fue enterrado solemnemente con mucho llanto; lo que nunca se podia hacer con los reos condenados por la autoridad legítima (2). Dedicóle este piadoso obsequio el Fariseo Gamaliel, quien trasladó las santas reliquias á una casa de campo que tenia á ocho le-

(1) *Act. Apost. cap. 7. v. 58.* (2) *Así consta del cap. 6. del Thalm. Sanhedr.*

guas de Jerusalem, y donde él mismo fue despues sepultado con su sobrino Nicodemo, uno de los que embalsamaron el cuerpo del Salvador.

25. Fue este primer martirio como preludio de una persecucion general contra la Iglesia, limitada hasta entónces á la capital de Judea. Procedieron con tanto artificio los Príncipes y Sacerdotes, que el público inconstante creyó, ó fingió creer, que sus enemigos eran culpables. Mas el endurecimiento de la capital solo sirvió á derramar por los pueblos distantes la luz de la fe. Fueron los Apóstoles (*) los únicos

(*) Estas palabras del sagrado Autor de los hechos apostólicos han inducido á muchos sabios á creer, que todos los Apóstoles permanecieron en Jerusalem, y que solamente se dispersaron los setenta y dos discípulos, ó sea los segundos ministros de la divina palabra; por manera que alargan la primera dispersion de los Apóstoles hasta el tiempo de la segunda persecucion de la Iglesia, que comenzó segun la cronología ordinaria en el año 44 de la Era cristiana. No obstante, y sin que pretendamos traducir por totalmente falsa esta opinion, parece, no debemos dilatar tanto la primera salida de algunos Apóstoles; si que mas bien para conciliar algunos lugares de la Escritura se ha de tener por cierto, que aquella separacion se hizo mucho antes de la segunda persecucion movida por Herodes Agripa, y poco despues de la primera escitada por Saulo. Esta, y la muerte de San Estévan se verificaron segun todos los intérpretes é historiadores el año 33 de la Era vulgar. (*Véase el Diccionario de Calmet, Palabr. Paulus.*) La conversion de Saulo sucedió el 34, y este nuevo Apóstol nos dice en su carta á los Gálatas cap. 1. v. 18. que tres años despues pasó á Jerusalem; cuyo viage corresponde al fin del año 37, pues el cómputo de estos tres años debe formarse, segun el sentir de varios Padres á quien siguen Baronio, Calmet y otros, desde el espacio inmediato á su conversion. De aquí se sigue, que diciéndonos San Pablo en el lugar citado que

que quedaron á la vista de aquella primera grey , porque temian entregarla á los peligros de la seduccion.

no vió en Jerusalem en aquel su viage y permanencia en la santa ciudad otros Apóstoles que á San Pedro , y á Santiago el hermano del Señor (llamado el menor , hijo de Alfeo) los demás se habian ya dispersado. Porque ¿á hallarse entonces en Jerusalem , y habiéndose detenido allí Pablo mas de quince dias no los hubiera visto y tratado? Nos consta por San Lucas (Act. 9. v. 26.) que ansiaba juntarse con los discípulos , pero que todos se recelaban de él , hasta que San Bernabé le condujo á la presencia de San Pedro y Santiago ; y el que anhelaba juntarse con los discípulos , ¿no desearia mucho mas tratar á los Apóstoles? Luego si solo vió dos de ellos , no hay dudar que no habia otros en Jerusalem , y por lo mismo que en el año 37 se habia verificado la separacion ; y las palabras de San Lucas que dan fundamento al parecer contrario se deben entender ó bien de aquellos primeros dias en que fue muerto San Estévan , ó bien de la mayor parte de los Apóstoles , es decir , que permanecieron muchos , separándose los demás , cuya esposicion es preciso dar á las otras palabras del sagrado Historiador , que afirman haberse dispersado todos los discípulos , siendo indudable que algunos permanecieron en Jerusalem.

El ilustrado Marqués de Mondejar añade en prueba de nuestra opinion el sentir de San Ireneo , el cual dice (lib. 3. cap. 1.) que despues de recibir los Apóstoles el Espíritu Santo , se repartieron á la predicacion. Y con efecto , hasta el dia de Pentecostes les obligó el mandato , que les diera Jesucristo , á no salir de Jerusalem ; pero cumplido el misterio , quedaron en libertad para salir no solo de la ciudad si tambien de Judea , y de Samaria y hasta los términos de la tierra ; y no parece creible que hubiesen permanecido por espacio de once años sin cumplir el precepto del Señor que les mandara ir por todo el mundo , y predicar el Evangelio á todas las naciones. Debemos pues tener por cierto , que terminada la primera persecucion , ó al menos mitigada por el decreto de Tiberio que prohibió perseguir á los cristianos , salieron los Apóstoles á la promulgacion de la nueva ley quedándose algunos en Jerusalem y en la Judea.

26. Entre tanto (1) los demás operarios se dispersaron por aquellas provincias de Palestina sujetas inmediatamente al Imperio Romano , y poco despues por Fenicia , por la isla de Chipre , y por el distrito de Antioquía. Llegó hasta Damasco un discípulo llamado Ananías , donde formó una Iglesia de solos Judíos convertidos , porque todavía no se anunciaba el Evangelio á los Gentiles. Prendieron por entonces en Jerusalem á muchos de los fieles , de los que algunos fueron martirizados. Mostrábase Saulo de dia en dia mas ardiente en perseguirlos , y consiguió de los Magistrados una facultad plena para entrar en todas las casas (2) , y hacer todas las pesquisas que quisiese contra los fieles. Sacaba de ellas indistintamente á hombres y mugeres , y cargándolos de cadenas los hacia castigar vergonzosamente en las Sinagogas.

27. Mientras lo mas ilustre de la nacion Judía permanecia en esta ceguedad , los Samaritanos á quienes el celo Apostólico contaba entre las ovejas dispersas de la casa de Israel , recibian con muy diversas disposiciones la doctrina saludable. Predicaba á este pueblo con mucho fruto Felipe (3) uno de los Diáconos colegas de Estévan , confirmando con milagros todo lo que enseñaba. Por aquel tiempo vivia en Samaria un hombre llamado Simon , natural de Giton en la misma provincia (4) , tan famoso por sus prestigios , que le daban el nombre de virtud de Dios. Sin embargo no pudo resistir al Santo Levita , y mostrán-

(1) *Act. Apost. cap. 8. v. 1.* (2) *Ibid. v. 3.* (3) *Ibid. v. 5.*
(4) *S. Justin. Apol. 2.*

dose convencido se rindió á Jesucristo y pidió el Bautismo. Llevó á Samaria á los Apóstoles San Pedro y San Juan (que se habian separado por corto tiempo de sus hermanos en Jerusalem) esta multitud de nuevos creyentes para que les administrasen el Sacramento de la Confirmacion, que no podia conferir un Diácono. Iban reunidos entonces casi siempre á la recepcion de este Sacramento el don de lenguas y demás milagros, y juzgando Simon que á fuerza de dinero podria lograr estas divinas prerogativas, se atrevió á proponerlo á los Apóstoles. „Tu dinero sea tu perdicion, le respondió San Pedro indignado (1), pues creiste que los dones del cielo pueden ponerse en venta.” Exhortóle seriamente á hacer penitencia, y aunque Simon lo ofreció, mostró despues que su arrepentimiento era fingido, y que nacia de un temor servil á los Ministros del Señor depositarios de su omnipotencia. Por eso su simulacion y tráfico sacrilego dió el nombre del autor á todas las negociaciones de esta naturaleza.

Se valió del conocimiento que tenia del cristianismo, para inventar una heregia que fue la primera que afligió á la Iglesia. Simon llevaba consigo una muger que habia comprado en Tiro, donde era esclava prostituta, y se llamaba Helena ó Selena, que en griego significa Luna (2). No son creibles los delirios que publicaba acerca de esta muger, mezclando las fábulas mitológicas con lo poco que sabia de nuestras divinas Escrituras, y desfigurando con es-

(1) *Act. Apost. cap. 8. v. 9. y sig.* (2) *Iren. cap. 1. v. 20.*

ta union monstruosa la historia de la creacion y nuestros santos Misterios. Era su doctrina sobre las costumbres tan corrompida como su fe, pues ponia por principio, que no existia ninguna accion buena por su naturaleza; que las buenas obras eran inútiles para la vida eterna, y que solo se salvaban los hombres por la gracia de que él se decia autor. No le faltaron discípulos que sostuvieran por espacio de dos siglos su secta; pero al fin se destruyó por sí misma sin haber sido nunca perseguida. Eran tan hipócritas y engañosos sus sectarios como su cabeza, digno por cierto de ser modelo de todos los Heresiarcas. Simon ocultó su perversa doctrina hasta que San Pedro y San Juan salieron de Samaria para volver á Jerusalem, y estos dos Apóstoles los primeros y mas ilustres testigos de la resurreccion de Jesucristo predicaron á su regreso la gloria de su nombre en todo el pais de los Samaritanos, con un fruto igual á su autoridad.

29. Recibió el Diácono San Felipe orden del Señor (1) por medio de un ángel para dirigirse hácia el Mediodía del camino que va de Jerusalem á Gaza, llamado la via desierta, desde que Alejandro Magno en sus espediciones contra los Persas habia destruido aquella ciudad. En este camino se encontró con un Etíope distinguido que era eunuco y ministro de Cándaces, Reyna de aquella parte de Etiopia, donde se dice, que las mugeres poseen la soberanía con exclusion de los hombres. Era Judío de origen ó religion, como lo demuestra la época de su bautismo, admi-

(1) *Act. Apost. cap. 8. v. 26. y sig.*

nistrado en un tiempo en que aun no estaba decidido que se debía bautizar á los incircuncisos. Habia ido á adorar en Jerusalem al verdadero Dios, y regresaba á su patria, empleando el tiempo del viage en la lectura de los libros proféticos. Oyó Felipe que leía al profeta Isaías, y acercándose á él le dijo: „¿Comprendéis lo que vais leyendo? No, respondió con humildad el eunuco, á quien Dios hablaba al mismo tiempo en su interior,” pero subid aquí, y me explicareis lo que yo no entiendo. El Etíope leía este pasage: „fue conducido á la muerte como una oveja,” (1) y el Levita de la ley nueva le demostró el cumplimiento de esta profecía en la muerte de Jesucristo, de la cual no pudo menos de haber oido hablar durante su residencia en Jerusalem. Esplicóle despues nuestros principales Misterios, el órden y economía de la divina misericordia en favor del género humano, y la necesidad de una regeneracion espiritual para participar de ella: y como el dócil y fervoroso discípulo viese agua cerca del camino, exclamó diciendo: „esto es lo que necesito para conseguir la gracia del bautismo si no hallais algun obstáculo.” „No hay ninguno, respondió Felipe, si creéis de todo vuestro corazon.” „Creo firmemente, añadió el Etíope, que Jesucristo es Hijo de Dios” y al momento fue bautizado. Prosiguió su viage lleno de alegría y con grandes deseos de anunciar en su pais las sublimes verdades que habia aprendido. Desapareció repentinamente el Diácono Felipe, habiendo sido ar-

(1) *Isai. cap. 53. v. 7.*

rebatado por el Espíritu del Señor de la vista del eunuco (1), y se halló en la ciudad de Azoto, á orillas del mar grande ó Mediterráneo, y recorrió aquella costa predicando la fe en todos los pueblos de consideracion, hasta Cesaréa donde habitaba su familia. Reinaba todavía la paz entre los fieles que vivian lejos de Jerusalem, y el Evangelio hacia grandes progresos en las provincias distantes de aquella capital.

30. Saulo se mostraba cada dia mas ardiente defensor de la ley de sus padres, y escuchó estas noticias con un violento despecho, acordando estorbar el curso de la doctrina de Jesucristo á todo trance. No habia otro mas á propósito para egecutar semejante designio: habia nacido Saulo en Tarso, capital de Cilicia, de padres Judíos, de la tribu de Benjamin, y tenia el carácter inquieto y bullicioso que los libros santos le atribuyen, figurándolo bajo el emblema de un lobo rapáz é insaciable. Era jóven además, atrevido, de un temple superior á todas las fatigas, y de un valor que despreciaba todos los peligros y vencía todas las dificultades. Las personas con quienes trataba abrazaban su dictámen, sin poder contrastar la fuerza de su ingenio elevado y penetrante, que perfeccionó en su patria con el estudio. Gozaba aquella ilustre metrópoli todos los privilegios de la ciudad de Roma (2), y se enseñaban en ella todas las ciencias lo mismo que en Atenas y en otras célebres escuelas. Saulo estudió la ciencia de la ley y de la Religion en la capital de Judea, con el doctor Ga-

(1) *Act. Apost. cap. 8. v. 39. y 40.* (2) *Strab. lib. 4.*

maliel, y á egemplo de su maestro profesaba las máximas severas de los Fariséos. Distingúale tambien la pureza de sus costumbres, la nobleza de sus pensamientos, y la rectitud de su carácter; pero no por esto se mostraba menos enemigo de la doctrina del Evangelio, sí que por el contrario miraba á los que la anunciaban como á innovadores irreligiosos, á quienes debia combatir de todos modos.

Trabajó pues para que el soberano Pontífice le revistiese de amplios poderes para perseguir á los fieles de todas las provincias, y con especialidad á los de Damasco, donde el discípulo Ananías habia convertido á Cristo gran número de Israelitas. Tenia autoridad sobre ellos el sumo Sacerdote, y sus Sinagogas se sujetaban á la de Jerusalem. Confirió á Saulo cartas credenciales (1), con facultad de aprisionar á todos los hijos de Jacob, hombres y mugeres, que se hubiesen hecho cristianos, y conducirlos á Jerusalem para que los juzgase el tribunal de la nacion.

31. Mas al tiempo de acercarse Saulo á Damasco respirando amenazas y castigos se vió de repente cercado por una luz celestial (2), que dividiendo el aire con la velocidad de un relámpago obscureció el sol por algunos momentos. Cayó en tierra Saulo herido como de un rayo, con todos los que le acompañaban, percibiendo una voz que le decia en hebreo: „Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ¿Quién sois vos Señor? exclamó Saulo. Yo soy, le respondió, el Salvador, Jesus Nazareno á quien haces la guerra, y

(1) *Act. Apost. cap. 9. v. 1.* (2) *Ibid. v. 3.*

á cuya voz será para ti funesta la resistencia. Pues qué quereis Señor que haga? dijo Saulo aterrado y confuso. Levántate, le dice el Señor, entra en la ciudad y allí te mostraré lo que debes hacer. Mas ten entendido desde ahora, que te he escogido para predicar las maravillas que has visto. Nada temas de parte de los Judíos, y mucho menos de los Gentiles, á quienes tú has de libertar del yugo de Satanás, para que por la fe viva que tendrán en mí participen de la herencia de los justos.”

Los compañeros de Saulo, que eran todos Judíos originarios de Grecia, permanecian entre tanto inmóviles y atentos, y solo oían el sonido de la voz celestial, sin entender las palabras ni ver nada. Levantóse Saulo; pero se levantó ciego, de suerte que fue necesario guiarle de la mano hasta Damascó, donde permaneció tres dias sin recobrar la vista, y sin comer ni beber. La oracion y meditacion le ocupaban de continuo, hablando muy poco con los que le visitaban, y ocultando con mucha reserva la gracia maravillosa que acababa de convertir su corazon. Gozó otra nueva vision al cabo de los tres dias, en la que se le apareció el discípulo Ananías en accion de ponerle las manos, porque este tuvo orden del Señor para buscar á Saulo, y curarle de su ceguera. Con efecto, luego que le puso las manos, cayeron de sus ojos unas escamas (1), con lo cual recobró la vista el nuevo Discípulo, y fue bautizado, permaneciendo tranquilo algunos dias en compañía de los fieles.

(1) *Act. Apost. cap. 9. v. 18.*

Dejóse ver desde luego Saulo en las Sinagogas (1), predicando á Jesucristo con gran celo, y asegurando que este Hombre prodigioso, condenado á muerte por el Consejo de la nacion Judía, y cuyos discipulos habia él mismo poco antes perseguido, era el Hijo único de Dios, el Libertador anunciado por los Profetas y el verdadero Mesías. Era de grande peso este testimonio de Saulo, pero aunque confundió á los Judíos de Damasco, no consiguió convertirlos, y aun se vió precisado á ausentarse por largo tiempo, ya para instruir en la Arabia á otros Israelitas mejor dispuestos en favor de su doctrina, ya para vivir ignorado entre la gente sencilla del territorio de Damasco, sujeta por entonces á Aretas Rey de los Árabes. Condújole su celo de nuevo á la ciudad, donde podia ser juzgado mas útil pasada la tormenta: disputó libremente con los Gentiles, de quienes era con especialidad Apóstol, invitándolos á que ocupasen en la Iglesia el lugar de los indóciles Israelitas. Indignáronse estos de tal suerte, que formaron la resolucion de deshacerse de un hombre cuyas cualidades personales, y las circunstancias de su vida, le hacian igualmente temible. Ganaron pues al Gobernador, que puso centinelas á las puertas de la Ciudad para estorbar que Saulo huyese, y viendo los fieles que no quedaba otro medio de salvarle, le descolgaron una noche desde el muro metido en una espuerta. Estonces para hacer ver que su retirada no era por el cuidado de su persona, ni por libertarse

(1) *Act. Apost. cap. 9. v. 20. y sig.*

de los trabajos (1), se encaminó á Jerusalem donde solo podia esperar nuevas fatigas y peligros mucho mayores que los que habia sufrido en Damasco.

32. Aunque la Judea no era el campo destinado á su celo, no por esto era menos religioso el motivo de su viage. El presentarse á San Pedro era para Saulo una obligacion indispensable, porque todavía no era conocido de éste, ni tampoco de los otros Apóstoles, y debia dar cuenta de su mision al Vicario de Jesucristo. Habian concebido los fieles de Jerusalem tan gran pavor á Saulo, que en los primeros dias de su llegada le miraban con mucha desconfianza (2), aunque hacia la profesion mas auténtica de la ley nueva. Huían todos de él con espanto, sin darle tiempo para que se esplicase; pero Bernabé su antiguo condiscípulo en la escuela de Gamaliel, fue á buscarle, le condujo á presencia de los Apóstoles San Pedro y Santiago, que eran los únicos que permanecian en Jerusalem. Bernabé les refirió la aparicion de Jesucristo á Saulo, y todo lo que este nuevo Apóstol instruido inmediatamente por el Señor, habia sufrido en Damasco. Detúvole San Pedro quince dias en su casa, donde le dió á conocer á los principales de los fieles, y donde se cree que le confirió, con la imposicion de las manos, el carácter del Sacerdocio, y la dignidad episcopal, habiendo ya recibido Saulo la mision del mismo Jesucristo. Procuró en este intervalo reparar en la Capital el escándalo que

(1) *Hieron. et Chrysost. in Epist. ad Gal.* (2) *Act. Apost. cap. 9. v. 26. y sig.*

sus violencias habian causado en otro tiempo: no dejaba pasar ninguna ocasion de rendir á Jesucristo públicos homenages, y muchas veces disputaba con los Judíos alienígenas ó estrangeros, porque los naturales rehusaban verle y oirle.

33. No desfallecieron sin embargo estos á vista de que se habia convertido contra ellos uno de sus compañeros mas celosos, y como acostumbraban participar á sus hermanos esparcidos por todo el mundo, los nombres de los que habian sido condenados en la Ciudad Santa por causa de Religion (1), se valieron de este medio para indisponer á los Judíos de todas las provincias contra Saulo, y contra todos los fieles, á quienes acusaban de Ateismo y de otros mil horrores que despues tomaron mucho crédito entre los perseguidores idólatras.

34. Advirtió Pilato por su parte (2), que la muerte de Jesucristo era demasiado extraordinaria para dejar de ponerla en conocimiento del Emperador, como en tales casos debian hacerlo los Gobernadores de las provincias. Remitió pues á Roma las actas originales del proceso (3), y admirado Tiberio de los prodigios que referian, propuso al Senado se colocase Cristo en el número de los Dioses del imperio: pero al solo verdadero Dios no podia ser grato semejante culto, y por otra parte los Senadores se opusieron á egecutar este designio, representando al Emperador con muchas lisonjas, que no podia con-

(1) *S. Justin. Dialog. cum Triph.* (2) *Tertul. Apologet. cap. 5.*

(3) *Euseb. Chron. an. 37.*

ceder los honores divinos á otros hombres, habiéndolos él mismo rehusado. Conservó siempre este Príncipe su benevolencia á los cristianos, y aun amenazó con pena de muerte á cualquiera que se atreviese á delatarlos ó inquietarlos. Cayó Pilato en desgracia poco tiempo despues (1), porque los Samaritanos á quienes habia maltratado, se quejaron de él á Vitelio, Gobernador de Siria, á quien estaba subordinado el de Judea, y le hizo pasar á Roma para responder á las acusaciones. Dilatóse mucho el negocio por causa de la muerte de Tiberio, acaecida en el año 37 de Jesucristo. Su sucesor Calígula se declaró poco favorable á Pilato, y en el año 39 le desterró á Viena en las Galias (2), donde se dió la muerte desesperado.

36. Casi el mismo fue el fin de Herodes Antipas, hijo de Herodes el viejo, verdugo de los Santos Inocentes, quien se hizo no menos culpable que su impío padre, tratando al Salvador de insensato, y degollando al Bautista su Precursor. Se habia encaminado á Roma lleno de envidia y malos designios contra su propio sobrino Herodes Agripa, á quien el Emperador acababa de elevar al mas alto grado á que podian encumbrarse los Príncipes de su clase. Agripa despachó un liberto de su confianza, que pisó á Roma tan pronto como Antipas, y puso en propia mano de Calígula las cartas de su amo á quien el Emperador amaba mucho, acusando á Antipas de haber conspirado con Seyano, en tiempo de Tiberio,

(1) *Joseph. Antiquit. lib. 18. cap. 8.* (2) *Id. ibid.*